

POR PABLO RAMOS. ILUSTRACIÓN DE KIKI VIALE. Una vez más, una grabación musical cordobesa con pasta de emblema nos lleva a un rescate memorístico más amplio, el de la extraña banda que la realizó y el del irrepetible caldo cultural en el que surgió. *El imperio de las circunstancias*, de Los Enviados del Señor, se editó a finales de los 80, solo en cassette.

La tarea es arqueológica. Hay que meterse en la caverna de la historia, con la antorcha encendida por la memoria, en una encantadora metástasis de imaginación y creatividad. Buscar las huellas en un relato polifónico de naufragos que cruzaron destinos y ahora son guías en la reconstrucción de un sonido que alteró una época. Los Enviados del Señor editaron un álbum en el 1987, un cassette convertido en objeto de culto, un registro único de la salvaje escena de fines de los 80, de la poderosa combustión espontánea de la banda que llevó el rock cordobés a lugares de los que ya no se vuelve. Esa es la excusa para hablar de una tribu de nómades que cruzaba los límites de la música sin credenciales, sin apetito comercial, sin plan. Sintonzaban un espíritu de época, la insurrección cultural post dictadura y

elegían actuar desde la mimesis entre la vida y el arte, en una provincia-isla que se hundía en el país del nadie sale vivo de aquí. El arte rock de Los Enviados del Señor era una fuerza centrífuga que arrastraba múltiples expresiones culturales disconformes que impactaban en un sistema que, económica y políticamente, seguía dominado por lo viejo. ¿Cómo retratar ese espíritu de época? Cruzar el abismo de los 90, entrar a una aventura mesiánica que pasaba del punk industrial al *happening*, al teatro y a la arquitectura con una dosis conceptual de política apocalíptica. Esa poderosa maquinaria sensible, de combustión espiritual y explosión material, funcionaba como un cónclave de seres extraños con una misión delirante: romper lo esperado. Porque ellos traían la buena nueva: ¡Todos somos enviados!

tam
-ki
des
te
sta
pu



FICHA TÉCNICA
 Alfredo Quintana S.
 José Servetto: BAT
 Mario Vultzo: gu
 Gabriela Dazzi: V

Héctor Velázquez
 Gato Negro, N.
 Dirección Artística
 Gato Negro, N.
 Vestuario: los enviados

GRABADO EN CÓRDOBA
 de 1986. LONA LUNA
 SOBRE MARTE.

todos los temas part.
 los enviados del S.
 (GRACIAS A los DONATOS)

Producción: edgA
 PRODUCCIONES (at)

MAS A: A... TANGO
 ru (Hü)che...
 PARTA...
 MAS B: ...
 ip...
 ...



Invocación de fiesta

Humberto Sosa, como Mario Bulacio, formaba parte de la fauna en la que surgió el núcleo místico de Los Enviados del Señor. "Era un grupo ecléctico que detentaba una importante capacidad de gestión y contención. Pupi, Peti (Silvina Cerrada), Sole (Corna), Charly (Iglesias), Mabel, Crembil (Gustavo), Castro (Jorge), Suárez (Oscar), Paco", estudiantes de Arquitectura, de Artes y de Letras, y nocturnos giradores entre la Plaza de la Intendencia y la disco Angelus, el ambiente dark y las señas punks, "convivíamos con una sensación de extrañeza, sin confianza con todos, con una postura estética en la ropa, pero que no era definitiva."

En los años post dictadura, las expresiones contraculturales se viralizaban.

¡Sin internet! Con el boca a boca, en los encuentros ocasionales, sobre un mapa under de la ciudad: "La escasez de información, de referencias,

jugaba a favor de la originalidad, en comparación con un tiempo globalizado donde todo aparece como realizado y acaparado por algunos que logran mercantilizar sus producciones". Los excéntricos compartían una estética sobre una zona política situacionista: "Teníamos lecturas del Mayo Francés y el punk, que llegaban tarde para comprender lo que estábamos haciendo. Teníamos la idea de la fiesta como evento cultural, como plataforma artística. Había una constante invocación de fiesta: salir de la nostalgia. Éramos activistas del absurdo, situacionistas sin saberlo".

La Facultad de Arquitectura y la Escuela de Artes operaban como espacios de cruces entre lo ideológico y lo artístico para una juventud que quería romper con los paradigmas vigentes, con una cultura autoritaria y rígida, para abrir nuevas perspectivas. Pero no era una movida "de universitarios para universitarios, sino de universitarios para afuera". Y la música era un lenguaje común que conjugaban bandas como Astroboy, Los Viejos Putos, Washington Canesú y Las Solapas (las dos últimas, integradas por Sosa), con una actitud vanguardista y sin ningún plan. "Manejábamos recursos escasos. No importaba la plata. Ni tampoco eso de cómo conseguir chicas: la escena eran las chicas también. Era estar en el lugar con la gente, interpretar tu rol, desde tus limitaciones y creyendo en lo que estabas haciendo. Lo importante era la escena".

Acecho de Lucifer

Otro punto de fuga para esos melómanos que sentían que "el océano se había achicado" era la disquería Mussenack (ver nota "Requiem por un cierre" en LaCentral 16), de Héctor "Perro" Emaides, uno de los difusores culturales alternativos más importantes de Córdoba, por el material discográfico que traía de afuera y por su empeinado rol de productor de eventos (ver nota "Soy el hazmerreír de la facultad" en LaCentral nº 20). "Fue muy importante para mí conocer a esos tres chicos —valora El Perro. Los conocí como Los 666. En la galería tocaba Eddie Cazón, y aparecieron el Pelado Cervetto y Mario Bulacio, haciendo quilombo como siempre." En el principio fue 666, pero el trío que había conseguido vivir en una casa prestada empezó a recibir extraños mensajes diabólicos, y optó por cambiar de nombre para contrarrestar el acecho de Lucifer. "Ahora que lo pienso seriamente, fue la banda más creativa en lo multimediativo que he visto".

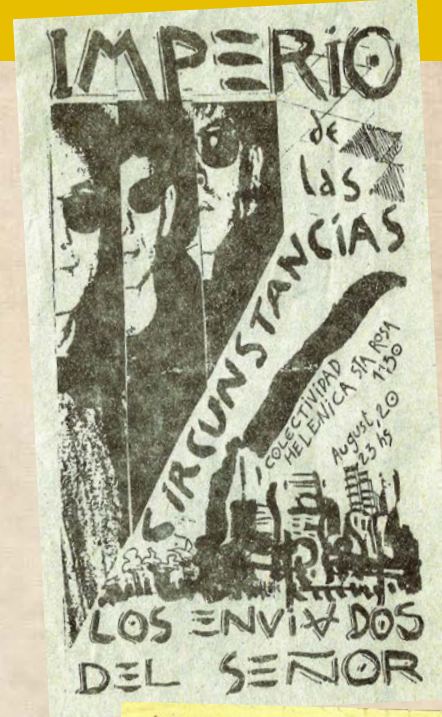
Mario Bulacio, guitarrista de Los Enviados, cuenta que en esa época la banda "solo era un grupo de amigos con inquietudes por todo tipo de arte". "Pero no tenías que saber de arte o haber estudiado. Estábamos rodeados por una gran cantidad de seres humanos con muchas ganas de hacer, de decir. Llamalos personajes urbanos. La calle fue la cantera. Después vinieron los intelectuales que bla bla bla: 'Sí, esperá que yo te explico cómo es esto', decían. ¡Una cagada!".

Entre esa fauna de outsiders estaba Jorge Cuello, que diseñó junto a Bulacio el arte del primer cassette: "Yo manejaba otro lenguaje. Por ahí hubiera hecho otro diseño para la tapa. Pero Mario estaba tan convencido... Me parecía que estaba decodificando un mensaje de los ovnis. Así que bueno, lo seguí. Yo tenía como una empresa, una editorial clandestina, que en realidad laboraba con fotocopias. Y toda esa historia de hacer la tapa de un cassette era una cosa de jerarquía, un laborazo".

Esa primera cinta contenía improvisaciones grabadas en barrio Olmos bajo el influjo de objetos celestes nocturnos no identificados. La edición fue de 100 objetos únicos y muy difíciles de manipular.

Al mismo tiempo la banda tocaba en el Club Audax, en Ciudad Universitaria, en bares o sitios clandestinos, proyectaba sus videos e intervenía en el Festival Latinoamericano de Teatro junto a Fernando Noy o La Fura dels Baus.

La Facultad de Arquitectura y la Escuela de Artes operaban como espacios de cruces entre lo ideológico y lo artístico para una juventud que quería romper con los paradigmas vigentes, con una cultura autoritaria y rígida.



Las improvisaciones del trío, con apariciones circunstanciales de invitados, sumaron más de 50 horas de grabación, de las que surgieron los 22 tracks, que resumen un huracán creativo que absorbió el espíritu de una época y lo escupió visceralmente.





Abismo impredecible

El Perro y Marcelo Franco –periodista que manejaba el boliche Lado Norte, un foco de desquicio en la noche cordobesa– decidieron apostar por esa movida fundando la productora Yiro, y editaron el segundo registro de Los Enviados: *El imperio de las circunstancias*, un evento sonoro dentro de las múltiples mutaciones del exabrupto cultural que desató la diabólica trinidad de Mario Bulacio (guitarra), José Cervetto (batería) y Alfredo Quinteros (bajo).

Humberto Sosa recuerda que en ese momento *“era complicadísimo acceder a grabar en Córdoba. El Perro se puso al frente de la grabación. Pero no había una visión a largo plazo, todo era acción”*. El material fue registrado en el estudio del Gato Negrini durante el invierno del 87. Las improvisaciones del trío, con apariciones circunstanciales de invitados, sumaron más de 50 horas de grabación,

de las que surgieron los 22 *tracks* del cassette, que resumen parte de un huracán creativo que absorbe el espíritu de una época y lo escupe visceralmente. La experimentación puesta al mango sobre un abismo impredecible donde la única actitud posible es saltar, sea para huir o para dejarse caer sin que nada más importe. El registro incluye subversiones de canciones populares como el canavalito “El humahuaqueño” o el romanticismo hardcore de “Bésame mucho” convertido en “Bésale el chucho”, o la banda tocando sobre el himno y la voz de Alfonsín, herejías que se convirtieron en referentes de sus shows. Los cantantes y músicos van rotando, un coro de salvajes grita y recita sobre la distorsión armónica de las cuerdas de Bulacio, la agresiva batería del Pelado y el hipnótico *loop* del bajo. Mario Bulacio lo define como *“música... free rock inexplicable... energía en sonido... alto volumen y velocidad... improvisaciones en vivo... y envolviendo esto, todos los medios de expresión”*.

Esa explosiva acción sonora se insertó en un objeto tecnológico, en cassettes convertidos en piezas esculturales artesanales, revestidos de pedazos de radios viejas, y acompañados con una filmina en negativo donde estaban las letras. Muchos colaboraron en el armado y montaje de ese dispositivo artístico original. El disco se presentó en el salón de Comunidad Helénica en un show recordado

por los incidentes que dejaron al Perro en el hospital con cinco puntos de sutura en la cabeza: *“Es que la sala estaba llena y quedó gente afuera, unas 50 personas que empezaron a golpear las puertas. A esa misma hora entraban o salían del Estadio del Centro los cuarteteros. Se armó un quilombazo y me tiraron con una piedra”*.

Esa explosiva acción sonora se insertó en cassettes convertidos en piezas esculturales artesanales, revestidos de pedazos de radios viejas, y acompañados con una filmina en negativo donde estaban las letras.

Los enviados del Señor
LOS ENVIADOS DEL SEÑOR
 LOS ENVIADOS DEL SEÑOR
LOS ENVIADOS DEL SEÑOR

Estética de la sin razón

Se podría decir que, en cuanto a la imagen, la estética de Los Enviados del Señor era la No Estética. Y en su música se traslucía esto mismo: los ritmos eran atonales; y poco tenían que ver con las imágenes que a veces proyectaban o con su forma de vestir. Los integrantes de la banda nunca acordaron su vestimenta: cada uno era libre de vestirse como quisiera. Creo que simplemente tocaban con lo que se habían puesto esa mañana.

En sus shows más preparados, como aquella musicalización de la película *Nosferatu* en el Museo Caraffa o las performances en el viejo Colegio Olmos, armaban andamios y tocaban allí, desde distintas alturas: Alfredo a dos metros, Mario a tres y el Pelado sobre una tarima más elevada aún. En un show en el Centro Cultural General Paz, tiraron a escena y al público decenas de rollos de papel higiénico y restos de afiches callejeros.

Lo del Olmos fue increíble. Esa vez, los andamios eran más altos de lo habitual. En uno de ellos, Superman –un loco de remate de la calle– contaba sus aventuras nocturnas mientras “Batman y Robin” –el Yuyo Tarditti y Cecilia Ruiz Córdoba bien disfrazados– se descolgaron con arneses desde un edificio de diez pisos adyacente al lugar, mientras Los Enviados versionaban la música del dibujito animado de esos superhéroes. Mientras tanto, al costado del escenario, artistas desnudos se llenaban de barro.

La de esa banda era una estética de la locura, de la sin razón. Y algo habían heredado del movimiento punk inglés, pero eran distintos. Quizás inventaron el punk cordobés. Los Enviados del Señor crearon una movida única, especial, que nunca olvidaré y que Córdoba extrañará por siempre.

HÉCTOR “PERRO” EMAIDES
 PRODUCTOR DE ESPECTÁCULOS

Movida nómade

El arte subversivo en estado de expansión de Los Enviados del Señor no tiene muchos más registros de esa época. El mismo mal pesa sobre gran parte de la historia del rock cordobés, que vamos recuperando residualmente, y que sirve para dimensionar la magnitud de un presente que se ramifica desde las resistentes raíces de un pasado invisibilizado. Pero la memoria, con sus vacíos y fabulaciones, nos permite reconstruir parte de una escena que conmovió y revolucionó almas mediterráneas.

Cuando tocaban Los Enviados del Señor siempre había una puesta de arte y un cóncave de personajes conspiradores de una alegría furiosa. No era solo música, era una movida cultural subterránea, periférica, nómade y auténtica. Era una conjunción multimedial y performática, con la banda sonando sin parar, habitando un espacio de foquismo cultural, con referencias de las vanguardias del siglo XX, del punk de los Death Kenedys, el noise-rock de Sonic Youth o el rock industrial de Einstürzende Neubauten.

A la hora de rescatar algunas de esas performances, Mario elige "dos, bien opuestas". Una: "El show que armamos en el baldío al frente del colegio Jerónimo Luis de Cabrera, calle Santa Rosa al toque de La Cañada. No había lugares para tocar, solo algún bar, nada, no existían lugares para lo que hacíamos". La banda ocupó un viejo estacionamiento, con una estética a lo *Mad Max*, para desconcierto de los asistentes accidentales. Bulacio con su Telecaster mutante tapizada con transistores y portando una máscara de gas, el Pelado gritando y golpeando, tipos y tipas lookeados sin disfraz, todos en trance festivo. Y dos: "La apertura del Festival Internacional de Teatro en el patio de la Escuela Olmos. Lo que hoy es un centro comercial. ¡Qué evolución!". En ese espectáculo, retomando el legado de la agrupación catalana La Fura del Baus, montaron una serie de escenas multimedia, con actores y personajes reales, como una mujer que habían traído de Oliva, que explicaba cómo había aislado el átomo, o los tipos que se tiraban desde torres de basura. Trabajaron más de treinta personas en escena y unas veinte en la producción.

Jorge Cuello conoció a Los Enviados en el bar El Ágora mientras algunos vecinos tiraban botellas desde los edificios: "El recuerdo sonoro más preciso era una especie de taladro, la batería del pelado Cervetto, enfrentándose al público para ver quien estallaba primero. En ese momento a mí me sonaba muy armónico. A lo mejor no todos escuchaban eso..."

Y también recuerda que en Barrio San Martín existió un reducto sagrado para Los Enviados. Era un taller mecánico sobre el pasaje Brandsen: "Era como meterse a una fosa. El Mario tenía tanta urbanidad... Mucho descontrol, y es que veníamos de algo tan estructurado. No había otra cosa así. Eran punks, de clase obrera: Mario venía de Villa Páez".

Sosa rememora en especial "La 'Fiesta Blanca' en el Pabellón Gris de Ciudad Universitaria". "Era para pintarlo. Con la difusión, consiguieron donaciones de pintura. Pasábamos videos de Peter Murphy... Estaba lleno de gente. Empezamos a pintarnos entre nosotros y la gente nos agitaba como si fuéramos payasos, todos muy de negro... Y entonces alguien tiró el primer baldazo y se armó el bardo. Los Enviados terminaron tocando para pocos con pésima onda". Por su parte, el Perro rescata una intervención frustrada: "Cuando vino el Papa, en la Galería Libertad estaban Los Enviados vestidos de monjas, de negro, con los instrumentos. La idea era interceptar el Papamóvil, tocar y putear... Pero los de la galería se enteraron y cortaron la luz".

Irrepetible

La banda tenía calle para amoldarse a cualquier situación, y un *background* cultural que le permitía interactuar con instituciones y artistas diversos. Tocó en distintas ocasiones con Fernando Noy, Enrique Symms, Damián Nissenson, Daniel Melero, musicalizó en vivo la película de culto *Nosferatu* en el Museo Caraffa, hizo recitales en el Instituto Pablo Pizzurno y una fiesta en el Hospital Psiquiátrico de Oliva que fue filmada. En Buenos Aires, se presentó en Cemento invitada por Omar Chabán, en el Parakultural y en el Centro Cultural Recolecta. Pero el país entró en una nueva crisis económica y social y se generó una diáspora generacional que desarticuló una inmensidad de proyectos culturales. Quinteros emigró a España y Bulacio a Brasil. Cervetto se quedó en Cór-

Cuando tocaban, había una puesta de arte y un cóncave de personajes conspiradores de una alegría furiosa. No era solo música, era una movida cultural, periférica y auténtica, una conjunción multimedial, performática.



La banda tenía calle para amoldarse a cualquier situación, y un *background* cultural que le permitía interactuar con instituciones y artistas diversos. Pero el país entró en una nueva crisis económica y social y se generó una diáspora generacional.

doba y armó otra banda emblemática del rock de acá: Rastrojero Diesel. Bulacio finalmente aterrizó en la capital nacional, donde gestó un espacio mítico de la noche porteña: La Catedral. Al mismo tiempo se orientó musicalmente hacia el tango con su agrupación Las Muñecas y continuó rockeando con una nueva formación de Los Enviados del Señor: "Sigo manteniendo el arte dentro de mi vida, hago música, algunas performances, actuaciones muy pequeñas en mi lugar. Toco y compongo tangos y folclore con un trío de guitarras, y de vez en cuando enchufo la eléctrica para despeinarme". "El pasado es irrepetible!", nos advierte Bulacio, un enviado del más acá. Solo es cuestión de actitud: aquí y ahora todos podemos ser enviados.